

en una extrema sequedad, siendo interrumpida en todos momentos, y como cortada en menudas partículas, de las cuales cada una hará poca impresión, y será poco agradable. Sería preciso pasar continuamente de Oriente á Occidente, y de Roma á Antioquía: dejar un concilio comenzado en Italia para ver otro en Africa: ingerir una línea para señalar la muerte de un papa, ó emperador; todo esto sin enlace, ó por transiciones forzadas. Mas vale anticipar algunos años, ó remontar para volver á tomar un hecho importante desde su origen, y conducirlo hasta el fin. El mejor orden es aquel que conduce el espíritu mas naturalmente para entender las cosas y retenerlas; y se evita la confusión señalando las datas.

Pero toca á la buena fe no señalarlas sino cuando se saben; y no es de la obligacion de un historiador pasar su vida indagándolas. No obstante, los esfuerzos de los sábios del último siglo han llevado la cronología á tal exáctitud, que la vida de Noe no bastaria para aprenderla. Sería menester calcular exáctamente todos los eclipses de que hay noticia, y fijar su

lugar en el período Juliano. Saber las épocas de todas las naciones, sus diferentes especies de años y meses, y hacer la reduccion á la nuestra: exáminar todas las inscripciones antiguas de mármoles, y medallas; corregir los fastos consulares; comparar todas las datas que se hallan en los historiadores, y cuando se descendiese mas abajo, venir á los instrumentos y títulos particulares. ¿Cuándo se acabarían estas investigaciones? ¿Y cómo estaríamos seguros de no habernos engañado? Esto podría sufrirse en hechos, cuyo tiempo importa saber: ¿pero cuántos hay en que no es de alguna consecuencia? ¿cuántas disputas vemos entre los sábios sobre el sentido de una inscripción, ó de una medalla, que en el fondo no nos enseñan nada, para saber la edad de un emperador, el día preciso de su muerte y otros hechos semejantes, de que no se quiere concluir otra cosa sino que Baronio, ó Escaligero se han engañado? ¿No es esto lo que san Pablo llama fatigarse en resolver cuestiones que no producen sino emulacion y querellas? (a)

(a) 1. Tim. 6. 14.

Mucho mejor se retienen los hechos que las datas. En nuestra propia vida solemos acordarnos de haber hecho, ó dicho tal cosa, en tal lugar, con tal persona, y en tal ocasion; sin hacer memoria del día, ni año. La mayor parte de los historiadores, y sobre todo los sagrados, han escrito así, y no han señalado los tiempos sino cuando eran necesarios, como las datas de las profecías. Importa para el curso de la tradicion saber la sucesion continua de los papas, y otros obispos de las sillas Apostólicas; así nos la han conservado fielmente los antiguos; pero es imposible saber la duracion de cada papa por el espacio de los dos primeros siglos; y cuando se supiese, la utilidad sería corta, pues no se sabe casi nada de sus acciones: *obnoletis ne*

Estas son las razones que he tenido para no detenerme en investigaciones de cronología, á fin de tener mas tiempo para exáminar la substancia de los hechos, y ponerlos en evidencia. Me he servido del trabajo de los que me han precedido, pero sin seguirlos ciegamente; he señalado las datas que me han parecido sólidamente establecidas; y los hechos de que no he ha-

llado tiempo cierto, los he colocado en los intervalos mas verosimiles; siempre pronto a corregir mis defectos, cuando los haya reconocido. Las mismas reglas he seguido respecto de la geografia, refiriéndome á los que han hecho de élla un estudio particular. Pero he nombrado con mucho cuidado los lugares conforme al uso de cada tiempo. En los primeros siglos digo siempre la Galia, la Germania, la gran Bretaña, la Lusitania. Me parece que es cometer un anacronismo hablar de otra forma, y nombrar Francia, ó Inglaterra, á los Países en que aún no habian entrado los francos, é ingleses. Mas embarazo me ha causado la traduccion de los nombres propios que no son familiares á nuestra lengua; me ha parecido que era mejor dejarlos enteros, como se pronuncian en griego y latin, que desfigurarlos demasiado, ó hacer su pronunciacion incómoda. En cuanto á los nombres de dignidades y oficios, ú de ciertas cosas que miran á las costumbres, las he dejado por la mayor parte en su lengua original, esplicándolas por circunloquio, antes que que expresarlas con palabras que sig-

IX  
Potque per  
tan hocce  
ratos de  
fructus de  
los

nifican entre nosotros cosas semejantes, pero que se resienten demasiado de nuestras costumbres. Así, no digo un coronel, sino un tribuno; lictores, y no sargentos: no hablo de caballeros, ni ciudadanos, sino de nobles ciudadanos, y esclavos: en fin conservo el carácter de las costumbres antiguas cuanto es posible á nuestra lengua, y acaso con demasiada libertad.

IX.  
Por qué hay  
tan pocos es-  
critos de los  
primeros si-  
glos.

En general he puesto menos atención en la exáctitud del estilo, que en el fondo de las cosas, y espero que el lector prudente aprobará esta determinacion; que no buscará en la historia Eclesiástica sino lo que debe haber en élla; y que se aplicará mas á aprovecharse de su lectura, que á criticarla. Algunos llevan á mal que la Historia nó lo diga todo, porque dicen, tenemos tan poca noticia de los apóstoles, de sus primeros discípulos, y de los primeros papas: ¿por qué los antiguos no nos han explicado con mas individualidad las ceremonias, la disciplina y policía de las iglesias, y dogmas de la Religion? Esta es la queja de los centuriadores (a)

(a) Tom. I. pref.

Ciegos que no ven que estas quejas son contra la Providencia divina, y la promesa de Jesucristo de asistir perpetuamente á su Iglesia. Adorémos con un profundo respeto la conducta de la Sabiduría encarnada, sin desear nada mas de lo que quiso revelarnos. Sin duda hubo muy sólidas razones para que Jesucristo no escribiera nada por sí mismo, y que sus apóstoles hayan escrito tan poco. Siete hay de quienes no tenemos una palabra, y muchos de quienes no sabemos sino los nombres. Pero lo que el libro de los Hechos nos refiere de san Pedro y san Pablo, basta para hacernos juzgar de los otros. En este divino libro vemos cómo predicaban á los judíos, á los gentiles, á los ignorantes y sábios: sus milagros, sus trabajos y virtudes. Cuando supiéramos con la última individualidad las acciones de san Bartolomé ó santo Tomas, no sacaríamos de ellas otras instrucciones, solo la curiosidad estaría mas satisfecha; pero esta es una de las pasiones que el evangelio nos enseña á mortificar. Al contrario, el silencio de los apóstoles es de una grande instruccion para nosotros. Nada prueba mejor que no

buscaban su propia gloria, sino el poco cuidado que tuvieron de conservar en la memoria de los hombres las grandes cosas que hicieron. Basta para gloria de Dios, é instruccion de la posteridad, que una pequeña parte fuese conocida; el olvido de lo demas es mas ventajoso para los apóstoles, que todas las historias, pues no deja de ser constante que convirtieron innumerables pueblos. Tantas iglesias como vemos desde el segundo siglo en todos los países del mundo, no se habian formado por sí, ni por pura casualidad conservaron todas una misma doctrina y disciplina. La mejor prueba de la sabiduría de los arquitectos, y del trabajo de los oficiales es la grandeza y solidez de los edificios.

Los discípulos de los apóstoles siguieron sus máximas: san Clemente Alexandrino, tan próximo á su tiempo, da este testimonio notable: Los antiguos no escribian, por no distraerse del cuidado de enseñar, ni emplear en escribir el tiempo de meditar lo que habian de decir. Acaso tambien creían que un mismo natural no sería tan á propósito para el uno como para

el otro género, porque la palabra corre fácilmente, y arrebatada con prontitud al oyente; pero lo escrito está espuesto al exámen riguroso de los lectores. Lo escrito sirve para asegurar la doctrina, haciendo pasar á la posteridad la tradicion de los antiguos; pero como de muchas materias, el iman no atrae sino al hierro, así de muchos lectores los libros no atraen sino á los que son capaces de entenderlos (a). Estas son las palabras de san Clemente. Es preciso confesar, sin embargo, que hemos perdido un gran número de escritos de los antiguos, sin contar los de que Eusebio y otros hacen mencion expresa. No se puede dudar que los obispos de las grandes sillas, y en particular los papas no escribiesen frecuentemente cartas sobre diversas consultas que les hacian, como se puede juzgar por las del papa san Cornelio, que san Cipriano y Eusebio nos han conservado, y por las del papa san Julio en la causa de san Atanasio. Pero la pérdida de tantos escritos tan preciosos no ha sucedido sin esta misma Providencia, sin la

(a) Ex Script. elect. n. 17.

X.  
Utilidad de  
la Historia  
eclesiástica.  
Doctrina.

cual no se mueve una hoja en el arbol. Dejando, pues, los vanos deseos, apliquémonos á aprovecharnos de lo que nos resta, y considerémos en todo el curso de la historia Eclesiástica la doctrina, disciplina y costumbres. No son estos racionios, ni bellas ideas, son hechos positivos, que no son menos verdaderos, ora se les crea, ó no, ora se estudien, ó dejen de estudiar. Se ve una Iglesia subsistente sin interrupcion por una sucesion continua de pueblos fieles, de pastores y ministros; siempre expuesta á la vista de todas las naciones, siempre distinguida, no solamente de los infieles con el nombre de cristiana, sino de las sociedades heréticas, y cismáticas, con el nombre de católica, ó universal. Hace siempre profesion de no enseñar sino lo que al principio recibió; y desechar toda nueva doctrina; que si tal vez hace nuevas decisiones, y emplea nuevas palabras, esto no es para formar, ó expresar nuevos dogmas, sino para declarar lo que siempre ha creído; y aplicar remedios convenientes á las nuevas sutilezas de los hereges. En lo demas se cree infalible en virtud de la promesa de su

fundador, y no permite á los particulares exâminar lo que una vez ha decidido. La regla de fe es la revelacion divina, comprendida no solamente en la escritura sino en la tradicion, por la cual conoce aún la escritura.

En cuanto á la disciplina, vemos en esta Historia una política toda espiritual y celestial. Un gobierno fundado sobre la caridad, teniendo por objeto la utilidad pública sin algun interes de los que gobiernan. Estos son llamados de lo alto: la vocacion divina se declara por la eleccion de los otros pastores, y conocimiento de los pueblos. Son elegidos por solo su mérito, y por lo comun contra su voluntad; la caridad sola y la obediencia les hacen aceptar el ministerio, que los espone de continuo á trabajos y peligros, no contando entre los menores el de la vanidad ocasionada del afecto y veneracion de los pueblos, que los miran como tenientes de Dios. Este amor respetuoso del rebaño da vigor á su autoridad, no pretenden dominar como los poderosos del siglo, y hacerse obedecer por la coaccion exterior: su fuerza está en la

XI.  
Disciplina.

persecucion. La santidad de su vida, su doctrina y la caridad que manifiestan á su rebaño con toda suerte de servicios y beneficios, son los instrumentos con que se hacen dueños de todos los corazones. No usan de esta autoridad sino para bien del mismo rebaño, para convertir los pecadores, reconciliar los enemigos, y tener á toda edad y sexo en el deber y sumision á la ley de Dios. Son dueños de los bienes comunes de los corazones, y no se sirven de ellos sino para asistir á los pobres, viviendo pobremente ellos mismos, y por lo comun del trabajo de sus manos. Mientras mas autoridad tienen, menos se la atribuyen: tratan de hermanos á los presbíteros y diáconos, y no hacen nada de importante sin su consentimiento y sin la participacion del pueblo. Los obispos se juntan frecuentemente para deliberar en comun de los mas grandes asuntos, y se los comunican aún con mas frecuencia por cartas: de suerte que la Iglesia estendida por toda la tierra habitable, no es sino un solo cuerpo perfectamente unido en la fe y las máximas de su gobierno.

La politica humana no tiene algu-

na parte en esta conducta. Los obispos no piensan en sostenerse por alguna ventaja temporal, de riquezas, crédito ni favor con los principes y magistrados, aun con el pretesto del bien de la Religion. Sin tomar partido en las guerras civiles, tan frecuentes en un Imperio electivo, reciben pacíficamente los favores que la Providencia les da por el curso ordinario de las cosas humanas: obedecen fielmente á los principes paganos y perseguidores, y resisten animosamente á los principes cristianos cuando quieren apoyar algun error, ó turbar la disciplina. Pero su resistencia se termina en rehusar lo que se les pide contra las reglas, y en sufrirlo todo, y aun la misma muerte, antes que concederlo. Su conducta es recta y simple, firme, y vigorosa sin soberbia, prudente sin astucia ni disimulacion. La sinceridad es el carácter propio de esta politica celestial; como no mira sino á hacer conocer la verdad, y practicar la virtud, no tiene necesidad de artificio, ni otros socorros estrafños, sino que se sostiene por sí misma. Mientras mas se remonta en la antigüedad eclesiástica, mas se descu-

bre este candor y noble sencillez; de suerte, que no se puede dudar que los apóstoles no la hayan inspirado á sus mas fieles discipulos, confiándoles el gobierno de las iglesias. Si hubiesen tenido algun otro secreto, se lo hubieran enseñado, y el tiempo lo habria descubierto. Y no nos imaginemos que esta sencillez fue un efecto del poco ingenio, ó educacion grosera de los apóstoles y sus primeros discipulos, pues los escritos de san Pablo, aun mirándolos solo naturalmente, los de san Clemente papa, san Ignacio y san Policarpo, no dan una opinion mediana de su espiritu; y en los siglos siguientes se ve la misma sencillez de conducta, junta con la mayor sutileza del entendimiento, y mas poderosa elocuencia.

Bien sé que todos los obispos, aun en los mejores tiempos, no han seguido igualmente estas santas reglas; y que la disciplina de la Iglesia no se ha conservado tan pura é invariable como la doctrina. Todo lo que consiste en práctica depende en parte de los hombres, y se resiente de sus defectos. Pero es siempre constante que en los primeros siglos la mayor par-

te de los obispos eran tales como los he representado; y que los que no eran asi, se miraban como indignos de su ministerio. Es constante que en los siglos siguientes siempre se han propuesto por regla esta antigua disciplina; se ha conservado ó renovado la memoria en cuanto lo han permitido las circunstancias de los lugares y tiempos. A lo menos se ha admirado y deseado; los votos de todos los buenos han sido para pedir á Dios su restablecimiento, y nosotros vemos de doscientos años á esta parte un efecto sensible de estas peticiones. Lo cual es bastante para excitarnos á conocer esta santa antigüedad, y alentarnos á estudiarla con la mayor aplicacion.

En fin, la última cosa que pido á mis lectores es que consideren en esta Historia la práctica de la moral cristiana, la cual es universalmente para el uso de todos. Leyendo los libros de piedad antiguos y modernos, y aun el evangelio, ocurre tal vez este pensamiento al espiritu. Estas son bellas máximas ¿pero son practicables? ¿pueden los hombres llegar á tal perfeccion? Véase aquí la demostracion: lo que se hace realmente es posible, y

hombres pueden practicar con la gracia de Dios, lo que ella ha hecho practicar á tantos santos que no eran sino hombres. No debe quedar alguna duda sobre la verdad del hecho; puedo asegurar que todo lo contenido en esta obra es tan cierto, como puede serlo otra cualquiera historia de las que tenemos.

En ella se verá todo lo que los filósofos han enseñado de mas excelente para las costumbres, practicado á la letra por ignorantes obreros, y simples mugeres; la ley de Moises tan superior á la filosofía humana llevada á perfeccion por la gracia de Jesucristo, y descendiendo á las cosas mas particulares, se verán gentes verdaderamente humildes, despreciando los honores y reputacion contentos con pasar su vida en la obscuridad y olvido de los otros hombres. Pobres voluntarios renunciando á los medios legitimos de enriquecerse, y aun despojandose de sus bienes para revestir de ellos á los necesitados. La dulzura, el perdon de las injurias, el amor de los enemigos, la paciencia en los mas crueles tormentos, y sufrir la muerte antes que abandonar la ver-

dad. La viudez, la continencia perfecta y aun la virginidad desconocida hasta entonces conservada por personas del uno y otro sexo, tal vez hasta en el matrimonio. La frugalidad y sobriedad continua, los ayunos frecuentes y rigurosos, las vigiliass y cilicios, todos medios de castigar el cuerpo y reducirle á servidumbre: todas estas virtudes practicadas, no por algunas personas distinguidas, sino por una multitud infinita. En fin, solitarios innumerables, que lo dejan todo por vivir en los desiertos, no solamente sin ser gravosos á nadie, sino haciéndose utiles con las limosnas y curaciones milagrosas, unicamente ocupados en domar sus pasiones, y unirse con Dios en cuanto es posible á hombres cargados de un cuerpo mortal. Pero yo no pretendo en esto ser creído sobre mi palabra: juzgado vosotros mismos, leed y ved.